Ortega y Gasset, mi Maestro

Rikiwo Shikama

Señoras y señores:

Me imagino que para ustedes debe parecer algo extraño que un japonés pretenda ser alumno de Ortega y Gasset sin haberle conocido personalmente. Sin embargo, hay cierta razón para considerarme como uno de sus discípulos póstumos. Me explico: en verano de 1955 llegué a España en calidad de agregado diplomático de la embajada japonesa. Y para aprender el idioma, marché a Valladolid para residir en el Colegio Mayor de Santa Cruz.

Poco tiempo después, o sea, precisamente el 18 de octubre, falleció Ortega, lo cual conmovió profundamente a los intelectuales españoles. En Madrid se produjeron de forma espontánea manifestaciones estudiantiles, lamentándose por la desgracia inesperada con este grito tan impactante: «¡Somos alumnos sin Maestro! ¡Pudimos haber sido sus alumnos!».

Desde entonces, he venido leyendo sus obras con especial fruición intelectual, admirando su estilo robusto, que consigue maravillosamente una feliz articulación, entre una fantasía tan fecunda y una lógica tan vigorosa, aunque estos dos elementos sean normalmente incompatibles; he recibido, sin darme cuenta, no poca influencia de su pensamiento y de su manera de filosofar.

Pues bien, en 1959, después de cuatro años de estancia muy feliz en España, regresé a mi patria. Y me di cuenta de una notable mutación de la celebridad de Ortega en la clase intelectual. En las décadas de 1960 y 70, sucedieron muchos conflictos universitarios, como en todas partes de Europa. Y también, la Guerra de Vietnam iba intensificándose. No es de extrañar, pues, el hecho de que los intelectuales japoneses asimilaran estos acontecimientos como si se tratara de una crisis de grandes proporciones.

En efecto, en esta época, una de las obras típicas de Ortega, *La rebelión de las masas*, había sido traducida al japonés y publicada por dos editoriales distintas. Y en 1969-70, aparecieron en dos ediciones sucesivas *Las obras escogidas de Ortega y Gasset en idioma japonés* (8 tomos). Además, unos famosos críticos literarios citaban preferentemente las frases pertinentes de Ortega. Así que la sociedad japonesa también ya acogía los artículos orteguianos de una manera bastante favorable.

Ahora bien, cuando desempeñaba el cargo de embajador en Colombia, a partir de 1987, comencé a sentir la necesidad de concluir la primera etapa de mi aprendizaje –ya bastante largo– con Ortega, para lanzarme en otra segunda navegación de altura, también con Ortega, en busca de otro y nuevo desconocido continente.

El pensamiento que completamos en un momento determinado se esfuma fácilmente, si no lo fijamos en el papel. Por eso, intenté escribir, en japonés, mi análisis de las obras de Ortega, para presentar al gran filósofo ante los intelectuales de mi país, en una forma concisa y equilibrada.

Así tomó forma un pequeño libro que se publicó en septiembre de 1988, en Tokio, y que felizmente tuvo una acogida bastante favorable. En efecto, se publicaron treinta y cuatro mil ejemplares en total, por las seis tiradas.

Y he aquí el pequeño libro: *ORTEGA, precursor de la crítica de la civilización contemporánea*, Tokio, Chuokoronsha, 1988.

Mientras tanto, fui trasladado a Santiago de Chile. Y entonces, varios amigos de estos dos países de habla hispana, me sugirieron redactar una versión castellana, lo que constituía para mí un reto tremendo, porque, como extranjero, yo nunca podría lograr un buen estilo literario, aunque escribiera en forma gramaticalmente correcta. Después de muchas vacilaciones, decidí lanzarme, como Don Quijote de la Mancha, en esta empresa extravagante, con el estímulo y la ayuda de no pocos amigos.

Y he aquí el fruto (mostrando al auditorio el libro de que se trata): *ORTEGA: filósofo de las crisis históricas*, publicado por la Pontificia Universidad Católica de Chile, 1991.

Las versiones de este libro (la edición original y la versión castellana) parecían ser la huella de «mi lucha imaginaria con Ortega» por más de treinta años y naturalmente esta lucha ha continuado durante toda mi vida.

En 1992, se acabó mi carrera diplomática de 36 años. Así, tomé el camino de mi patria desde Santiago de Chile, haciendo escala en España. En Madrid visité la Fundación José Ortega y Gasset, para ver a Soledad Ortega Spottorno, hija de Ortega. Ella era la fundadora y directora de la Fundación. En su sede, recibí un ejemplar del lindo libro recién publicado: *José Ortega y Gasset: Cartas de un joven español,* Edición de Soledad Ortega. Y en la Embajada del Japón en Madrid, recibí una visita de cortesía de parte de José Ortega Spottorno, segundo hijo de Ortega, presidente de honor del Diario El País S. A. Después, me mandaron un libro escrito por Miguel Ortega Spottorno, primogénito de Ortega, titulado *Ortega y Gasset, mi padre*.

Señoras y señores:

Ahora bien, aquí me permito presentarles mis observaciones algo arbitrarias sobre algunas tesis de mi maestro Ortega, referentes a algunos problemas de nuestro tiempo.

Ortega es un pensador multifacético. Según la observación de Ernst Robert Curtius, crítico literario alemán, «no hay ningún tema humano que no le atraiga, desde la filosofía natural de Jonia hasta la pintura del cubismo; sus intereses no son

fruto de gustos que se degeneren fácilmente en un impresionismo desordenado; en una palabra, su filosofía tiene siempre una orientación hacia el orden, una estructuración de valores y un constructivismo». Por consiguiente, resulta imposible sintetizar detalladamente en este pequeño libro, la vastedad extraordinaria de sus inquietudes intelectuales, aunque pudieron encajarse razonablemente –con la razón vital– en la persona de Ortega.

Por este motivo, al redactar mi libro, me di cuenta de que tendría que adoptar una perspectiva bien definida, propia de mí, para reorganizar –a mi manera– sus argumentos pertinentes, pero aparentemente diversos y sueltos. Podríamos decir que este libro sería mi propia talladura de las obras de Ortega.

En este sentido, tomé como tema principal la meditación de Ortega sobre las crisis históricas, porque nosotros, actualmente, enfrentamos una crisis; vivimos una crisis histórica. En el pensamiento de Ortega, «una crisis histórica es una situación transitoria, en la que se vive en dos sistemas de creencias, viejo uno y nuevo el otro, sin sentirse instalado en ninguno». Occidente ya ha sobrevivido dos crisis históricas, a saber: la crisis de fines de la sociedad greco-romana clásica; y la de la época del Renacimiento, que precedió a los tiempos modernos. Y actualmente estamos viviendo otra crisis.

Ahora bien, Ortega, en su obra *En torno a Galileo* (1933), nos presenta un problema inevitable. Nosotros, pues, tenemos que vivir razonablemente y superar necesariamente esta crisis actual. Pero nuestra estrategia para superarla es, aún, una página completamente en blanco. Y es natural que quedemos perplejos ante ella, ya que sólo empezó hace más o menos cien años.

Sin embargo, hay varios aspectos que aparecen como fenómenos peculiares por todas partes. Nuestro tiempo es una etapa, en la cual no pocas señales empiezan a destacarse en nuestra perspectiva. Hay ciertos síntomas de la crisis, de los cuales no hemos percibido aún el perfil completo. Entre los fenómenos que parecen sugerirla, podría haber unos que resultarían ser síntomas auténticos, cuando la crisis fuera superada en un futuro lejano; otros que se confirmarían como fenómenos superficiales e insignificantes; y otros que se verían sólo como reacciones pasajeras a síntomas auténticos.

Ortega nos muestra varios problemas, que representan algunos síntomas y sus reacciones. En este libro, he presentado, entre otros, los cuatro argumentos siguientes:

– *La deshumanización del arte nuevo.*–Ortega señala, en su libro *La deshumanización del arte e ideas sobre la novela* (1925), la curiosa característica asumida por el arte nuevo. En una palabra, el arte nuevo es antipopular. Sus obras van dirigidas a una minoría especialmente dotada, lo que despierta la irritación de la masa popular. No se trata de que a ella no le guste el arte nuevo, sino simplemente que no lo entiende. El arte nuevo consiste en excluir, a sabiendas, todo lo humano del arte, es decir, lo deshumaniza.
  El arte nuevo no significa sólo el cambio de gusto, sino, más bien, un cambio radical de algo más profundo. He aquí un síntoma. Se acerca el tiempo en que la

sociedad, desde la política hasta el arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares.

– *La aparición del hombre-masa*.–Ortega anatomiza de manera implacable la sociedad contemporánea en dos obras: *La España invertebrada* (1921) y *La rebelión de las masas* (1930), y apunta el hecho de que las masas de nuestro tiempo han empezado a tener súbitamente un carácter extraño, proyectando sus sombras tan inquietantes sobre nuestra sociedad: no quieren someterse a ninguna norma superior e imponen –al azar– las voluntades anónimas a la sociedad contemporánea, rechazando la dirección de los selectos, sometidos siempre a una norma superior.

  Ortega denomina a este nuevo tipo humano «hombre-masa». Pero la diferenciación entre los selectos y las masas no es de carácter social ni económico, sino más bien un hecho sociológico, es decir, un problema de conciencia.

  Otra característica del hombre-masa radica en su incapacidad para distinguir la civilización de la naturaleza; ésta en realidad es una cosa que «está ahí», aquélla es un producto artificial.

  La civilización es fruto de un sistema de enormes esfuerzos realizados en el pasado. Pero sólo para mantenerla, se requieren esfuerzos por lo menos iguales a aquellos; y para hacerla progresar más, tenemos que desplegar un sistema de esfuerzos superiores a aquellos. No obstante, el hombre-masa cree que todo este mundo es una variedad de la naturaleza, que ha estado y estará siempre ahí; de manera que simplemente puede aprovecharlo.

– *La sociedad y el Estado*.–Partiendo de una conciencia crítica sobre qué es la sociedad, Ortega se enfrenta inevitablemente con el problema del Estado. El Estado, más bien el Estado-nación de la época moderna, en particular, se forma por la solidaridad nacional, que se produce felizmente entre los grupos heterogéneos regionales o raciales, que comparten un proyecto común nacional, presentado por uno de ellos. De otro lado, la patología de la desintegración estatal deberá ser entendida de un modo similar, es decir, como la solidaridad nacional perdida, cuando cada grupo componente señala una tendencia psicológica de separación. Ortega llama a este fenómeno «particularismo».

  El particularismo regional significa el movimiento separatista de una región determinada. El golpe de Estado de las fuerzas armadas es un ejemplo de particularismo de un grupo profesional; el movimiento obrero militante tiene, a veces, una tendencia a degenerar en particularismo de clase. El método político propio del particularismo es la «acción directa»: desde el principio, se abandonan los esfuerzos para obtener un consenso nacional por persuasión y se intenta abiertamente apoderarse del objetivo por la fuerza.

  Ahora bien, según la opinión de Ortega, para que funcione bien el Estado, no hay otro remedio que asegurar unas relaciones razonables entre las élites y las masas. Ortega señala inequívocamente este punto en una de sus primeras obras: *España invertebrada*. Esto es el problema del mecanismo entre la «ejemplaridad» de la minoría selecta y la «docilidad» de las masas. Si esto no funciona bien, ningún Estado podría funcionar razonablemente.

Sin embargo, preocupa el hecho de que se pueda surgir el estatismo, por otra razón. Se trata de una proliferación automática, que proviene del agrandamiento desmesurado de una organización estatal.

Ortega apunta este problema por vez primera en una conferencia cuyo título es *Individuo y Organización*, dictada en Darmstadt, Alemania, en su último período, o sea, en 1953. Dice que el Estado contemporáneo, es decir, esta superorganización, «no es de formación lenta, pues surge instantáneamente de una ordenanza, y ha sido engendrada, con plena conciencia, por unos hombres en el pleno sentido de este vocablo. Por todas estas características, la validez de la superorganización que crea las leyes no está en la costumbre y el uso. Su validez radica en su función –la función social de mandar–, pero no su contenido».

– *La guerra y la paz*.–Pocas veces, Ortega desarrolla metódicamente su teoría de la guerra; más exactamente, lo hizo sólo dos veces, es decir en dos ensayos: uno, *El genio de la guerra y la guerra alemana* (1917) y el otro, *En cuanto al pacifismo* (1937).

Ortega subraya que la paz no es simplemente una situación sin guerra, sino una nueva institución, que la sociedad internacional tendrá que organizar, para superar la otra institución vigente, que es la guerra.

Pero, desgraciadamente, no se ve todavía en ninguna parte, siquiera un germen de idea clara de la paz en este sentido. Como Ortega decía, nosotros estamos viviendo en «una etapa, sin duda transitoria, pero de sobra larga».

A propósito, según las ideas de Ortega, la historia de la sociedad internacional es, ante todo, el cambio en el reparto del poder sobre la Tierra. Y mientras no existan principios de justicia, que siquiera en teoría regulen satisfactoriamente esos cambios de poderío, todo pacifismo es pena de amor perdido. Porque, si la realidad histórica es eso ante todo, parecerá evidente que la injuria máxima será el *statu quo*.

Ortega apunta que «La Organización de las Naciones Unidas» ha sido creada para establecer los resultados de la Segunda Guerra Mundial. Es, precisamente, un aparato antihistórico para administrar el *statu quo*. De manera que es obvio que no podrá superar la guerra y no tendrá la capacidad de asegurar la paz a nuestra sociedad internacional.

Pues bien, posiblemente, yo haya sacado de sus obras, más de lo debido, impulsado por la fuerza de sus ideas y mi reacción ante ella.

Señoras y señores, ustedes juzgarán.

He dicho.

Agradecimientos:

El exembajador Rikiwo Shikama desea manifestar su agradecimiento al Profesor Dr. Arturo Escandón, de la Universidad Nanzan y al Profesor emérito Katsuyuki Ogiuchi, de la Universidad Tokyo Keizai, por la revisión del manuscrito y su lectura en el congreso, respectivamente.